

EL USURPADOR

Alfredo Ángel Piccolotto



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

Amanecía cuando mi amigo y yo bajamos a la playa. En la delgada franja de mareas vimos una extraordinaria acumulación de caracoles. El descubrimiento no despertó mi curiosidad, yo entonces sólo tenía una idea en la cabeza: irme de Talas cuanto antes. Pero no podía decírselo abiertamente, no me convenía, mis planes dependían de que él, que estaba interesado en comprar mi casa, se decidiera de una vez. Me había sacado de la cama a eso de las cinco.

Golpeó las manos como si se tratara de una urgencia, enloqueciendo a mis perros y a los perros de los vecinos. Me asomé y lo vi en la oscuridad. Lo invité con un café caliente. Tras disculparme por el desorden que reinaba en la casa (acostumbro a disculparme por todo, tenga o no tenga la culpa), lo llevé a recorrerla. Joaquín se mostraba satisfecho con cada cosa que yo destacaba: una puerta construida con restos de algún naufragio, ídem la escalera, ciertos caprichos de edificación, etc. Él no decía nada, ni hacía el menor gesto de aprobación, quizá porque ya le había hablado de esos detalles. Pero a mí, en ese momento, me pareció que prefería no enseñar sus cartas, aunque no pudiera evitar un microscópico e involuntario parpadeo de asentimiento. Tal vez creía que al fin le había llegado la hora de disfrutar de la vida plenamente. Una cabaña de pescador para las escapadas de fin de semana, lejos de su estudio de abogado criminalista.

Esa tarde nos volveríamos a ver en la escribanía para formalizar el trato. Debo aclarar que no exageré al mencionar a Joaquín como un amigo. Nos conocíamos bastante bien. Habíamos

ido a pescar en varias ocasiones; creo recordar que, además, compartíamos el gusto por Conrad, y celebramos pasajes de *Los Cien Bramadores*, una tarde que me invitó al bungalow que estaba alquilando, donde conocí a su mujer, y los tres nos sentamos al sol a tomar cerveza con papas fritas.

Por esas coincidencias y la pesca de los veranos, hubiera preferido venderle la cabaña a otro. No porque estuviera deshecha, nada de eso, no la había descuidado en absoluto. Yo quería mi casa, y la cuidaba porque la quería. Hasta que no la quise más y decidí venderla. Pero estaba faltando a la verdad al no exponer las razones que me obligaban a huir de Talas como un pájaro que presiente un cataclismo. Bueno, esa era mi oportunidad.

No bien el sol señaló la nueva página, nos fuimos a caminar por ahí, bajamos por un costado del médano, y en la playa tendida a nuestros pies como la panza chata de una mujer, recuerdo la invasión de caracoles. Después de una marejada era natural que aparecieran, pero esta vez la marea los había arrastrado desde muy lejos y tras arrancarlos del fondo y hacerlos rodar largas distancias había expulsado una cantidad infrecuente a la orilla.

Llevaban musgo y lapas pegados como etiquetas, o una masa de pólipos babeantes. Algunos estaban vacíos y otros ocupados por inquilinos circunstanciales. La hembra del pulpo de una especie pequeña y aguerrida parece escoger especialmente esos caparzones deshabitados para desovar. Se adhiere con todas sus fuerzas al interior y defiende los huevitos con la vida. Inevitablemente pensé en eso. Caminamos una hora más. A la tarde nos encontramos en la escribanía y cerramos la operación. Pero lejos de alegrarme por haber cumplido mi propósito, seguí pensando.

Pensé todo el tiempo, hasta la noche, en los caparzones vacíos y en los caparzones ocupados. Estos y aquellos me remitían a la historia que pretendía dejar a mis espaldas.

¿Por qué Mazdur la citaba en *Siempre resucitas*? ¿A esa hora de la mañana el bar no estaba cerrado? ¿Y no se mostró impaciente cuando ella hizo alusión al coche que la interceptó en la calle? Él había dicho que si ella estaba allí era por su propia voluntad. Era cierto, Irene aceptó la invitación porque el ex comisario era un colaborador muy importante de su marido. Fue una deferencia, una sencilla y femenina muestra de agradecimiento. «Ser amable con las personas que ayudan a tu marido». Lo menos que podía hacer por él era escucharlo un minuto, antes de seguir camino al ginecólogo, con quien tenía hora a las diez. Pero no dejaba de extrañarle. Mazdur, el hombre servicial, cuya obsecuencia le causaba gracia (a pesar de que se había afeitado ese bigote finito que, según él, era una cicatriz de la misma institución), se atrevía a citarla en el bar, en su bar que era un barco. Se preguntó si el casco viejo se movería. Aunque estaba naturalmente encallado en la arena, de una manera tan prolija como si navegara en un mar de tela. Había necesitado mucho dinero para llevar a efecto ese antojo, que debía pasar, a ojos de los paseantes, por un trasatlántico salvado milagrosamente una noche de tormenta. Era una excentricidad, sin duda, y la gente pensaba cualquier otra cosa menos eso que él quería que pensarán. Pensaban, por ejemplo, quién sería el dueño de semejante monumento, que tenía el poder de plantar su negocio en la playa, pasando por alto las ordenanzas con

todos los funcionarios públicos incluidos. El colosal trasatlántico-bar funcionaba de maravillas y tenía casino, restaurante de mariscos y *spa*. Algunos aseguraban que las sudestadas lo mecían un poco, y que ya vendría un temporal que lo arrastraría mar afuera, convirtiéndolo en buque fantasma. Otros se preguntaban por qué insistían en llamar bar a eso. La pregunta tenía respuesta, naturalmente, pero era un asunto que no les concernía.

A Irene la sorprendió el llamado del ex comisario, el hombre de confianza.

—¿Su marido todavía no volvió?

—Sigue en el agua —había respondido ella—. Pero cuando llegue le digo que lo llame.

—No es necesario, en realidad es con usted con quien quisiera hablar, pero no por teléfono.

Lo más sorprendente era que jamás su marido la hacía participar en cuestiones de la «comunidad». Aunque Irene conocía el terreno en que se movía el Presidente. Tampoco tenía ninguna razón para sospechar de Mazdur, tal vez se tratara de algo de poca importancia, después de todo, como le había comunicado.

Los tacos se enterraban en la arena. Debíó descalzarse y adaptarse en unos segundos a la presión de los pinchazos húmedos. No solo se acostumbró, sino que enseguida empezó a disfrutarlo. Siempre es agradable caminar por la playa, aunque no sea enero.

Sin embargo, sentía el impulso de volver. Tomó conciencia demasiado tarde de que se encontraría a solas con Mazdur.

Las preguntas que le hizo acerca del «Presidente» no eran comprometedoras. «¿Cómo está su marido? ¿Necesita más colaboración?» Pero ¿por qué se lo preguntaba a ella? ¿Pensaría que si hablaba con él no iba a serle franco? Además, era absurdo que la hubiera hecho ir para semejante tontería.

—Su marido nos preocupa, señora. A todos —rayó el aire con el índice—. Yo pensé que podía ayudarme a aclarar estas mínimas dudas.

—¿Usted tiene dudas? ¿Con respecto a qué?

—No me malinterprete, por favor. No me malinterprete. Yo no dudo... Jamás he dudado —dijo Mazdur, poniéndose rápidamente de pie, como si quisiera escapar del error de haber pronunciado una palabra prohibida—. Estaba pensando nada más, pensando en voz alta, si la comunidad estará cumplimentando sus deseos e intenciones. Tal vez haya alguna cosa que al Presidente no le agrada de nosotros.

—Definitivamente creo que debe hablar con él.

Mazdur caminó por el castillo (que había convertido en su despacho) como un verdadero capitán de navío.

—Recuerde que usted vino por su propia voluntad —reafirmó.

Irene levantó los hombros. No podía creerlo. «Qué tipo...» No, no era «raro» la palabra que buscaba. «¿Peligroso? ¿Sospechoso?» No entendía por qué Eduardo se fiaba de alguien que siempre parecía estar a punto de cometer un crimen.

Pero ahora se había deshecho de él, y gozaba de la libertad de caminar sola por la calle, como si hubiera escapado de una cárcel; oía repicar sus zapatos en la vereda, con alegría, imaginando la cara redonda como una tarta de queso y cebollas del doctor Schneider, cuando asomado por la puerta del consultorio preguntara, como si temiera no encontrarla en la sala: «¿La señora Cleiman?»...

Minutos más tarde, con la misma cara que intuyera, el doctor Schneider le informó que estaba embarazada de dos meses y medio. La gran noticia del vientre, la búsqueda entre las cenizas del mundo. Cualquier pensamiento que de ahí en adelante no pudo atar al nuevo proyecto quedó fuera de alcance y, por lo tanto, de su interés.

Volvió al hogar envuelta en gasas, absorbida, amasada por la máquina de la maternidad, dominada por ensueños diminutos,

escarpines, peluches, mantitas, ¿de qué color? ¿Y el nombre? Subió al remís que esperaba en la puerta del consultorio. El remisero, muy atento.

—Por aquí, señora. Permítame.

Ella no advirtió en qué momento había subido, ni dónde se sentaba. Tampoco vio la cara del chofer, que arrancó escandalosamente, haciendo chirriar las ruedas. Cubierta una parte del trayecto, giraron en una esquina y desembocaron en una callecita de tosca. Intentó recordar qué indicación le había dado al chofer para que tomara por aquel camino; indudablemente uno de los dos se había equivocado. No quedaba para ese lado su casa. Por otra parte, ¿ella le dijo adónde quería ir?

—Pero..., ¿adónde me lleva usted?

¿La velocidad era anormal, o el camino estaba muy roto?

—¡Más despacio, por favor!... —Iba a agregar—: «Que estoy embarazada»—. Un bache los elevó un metro de altura. Pero no impidió que el chofer exigiera la máxima potencia al motor, que se ahogaba fumando negros nubarrones. Hizo un rebaje, arriándose al borde de la curva aumentó otro poco la frenética marcha. Pero sólo consiguió dibujar un cuarto de círculo con las ruedas. Y volvió a acelerar.

Casi la tranquilizó descubrir, más adelante, la cinta de la ruta donde rielaban vestigios de rocío. Con un golpe seco y atemorizante, que le hizo perder el equilibrio, se alinearon sobre el pavimento. Volvieron a chirriar las ruedas. Su corazón bombeaba con incertidumbre, mientras se le ocurrían algunas asociaciones. «¿Secuestro? Dios, tengo treinta y cuatro años. Mi primer hijo. Él debería saberlo. ¿Para que no corra? No, Eduardo debería saberlo. Tengo que llamarlo». «¡Oiga, no es por acá! ¿A usted quién le dijo...?». No quería escucharla. Ella podría agarrarlo del pelo y obligarle a frenar, si era necesario, o amenazarlo. Era eso, o sacar el celular de la cartera y avisarle a Eduardo que iba para allá. No le diría que estaba embarazada, simplemente que le llevaba un regalo, una sorpresa.

Un momento antes podía oler el polen de las acacias, que teñía las plantas de amarillo, como si fecundara todo en la tierra: la ropa tendida, las casas, a las personas, sin distinción, fecundaba a los perros callejeros y se pegaba al viento como microscópicas estampillas. Y ahora este viaje, con ese olor a sudor y a encierro. Y la ventanilla no se abría. «¿Qué debo suponer?» Repentinamente entró una ráfaga de aire fresco, que la revivió un poco y le inspiró un pensamiento tranquilizador. Tal vez no estaba del todo mal que hubieran salido a la ruta. Por ahí también se iba a su casa, y más rápido. Era un camino largo, pero seguro, sin pozos. Los días de lluvia solían ir por la ruta. «¡Qué estúpida, cómo no lo pensé!» Iba a preguntarle si del consultorio del doctor Scheider habían llamado a la remisería, cuando el tipo se volvió con los ojos extrañados y la amonestó, acompañándose con sacudidas de cabeza, un tic. Dijo: —Vamos a más de ciento veinte. Si te querés matar, tirate.

En ese momento, el hombre advirtió que Irene tenía el celular y se lo arrebató de la mano.

—¡Oiga, déme eso, usted no es quién...!

El chofer le lanzó una mirada por el espejo.

—Hijo de puta —murmuró Irene.

La puerta que daba a la banquina golpeaba contra el marco, algunas veces con pequeños toques, otras los portazos eran tan ruidosos que la sobresaltaban como si fueran tiros. No la cerró. Seguramente se había abierto en un barquinazo. No lo podía recordar. Estaba muy asustada. Ese tipo de cosas debían de perjudicar al feto. Pensó que tirarse por la puerta era una posibilidad de escapar, en caso de llegar al límite, en caso de que efectivamente se tratara de un secuestro. Pero sería atentar contra la vida de su hijo. Ella se rompería los huesos, tal vez muriera. Además, tenía que tratarse de un error. Un asalto. Más adelante, este saltador cobarde, aprovechador de mujeres, le pediría toda la plata que llevaba. No era mucha, pero también estaban el reloj, la pulsera,

el anillo. Eran de oro. Le daría lo que quisiera con tal de que no la lastimara.

Estuvo mirando unos instantes los postes y los alambres, los carteles y las vacas. Después, como inspirada por una idea de salvación, escamoteó con cautela el anillo de casamiento y lo deslizó dentro de un zapato.

Pero no hacía pie en la situación que intentaba fabricar, con o sin anillo, se sentía aturdida, desorientada, en un escenario de principios de la creación.

Trató de buscar aplomo para preguntar nuevamente adónde se dirigían. Pero estaba tensa, empezaba a olfatear la posibilidad de una violación. Y en su mente volvía a frenar el coche que se le había cruzado esa mañana. ¿Era el mismo?

También recordó a Mazdur, con su extraño comportamiento. Él estaba implicado. Seguro. Se trataba de un asunto que tenía que ver con su marido. Alguna cuestión política, últimamente las cosas no habían andado bien entre Eduardo y la comunidad. ¿Era eso?

De pronto sintió el impulso de abofetear a su raptor. No se atrevía. Se consideraba una mujer valiente, porque no había tenido que demostrarlo nunca, pero ahora que necesitaba recurrir a la fuerza y a la bravura, la realidad le mostraba a esa Irene que no quería ver. Pero aun suponiendo que se atreviera a defenderse, ¿qué iba a lograr con arrancarlo del volante, a la velocidad que llevaban? ¿Volcar? ¿Enfurecerlo? ¿Matarse? Quizá quería matarse porque era cobarde y no soportaba la angustia de esperar la muerte, que estaría afilando la cuchilla que usaba la abuela para matar gallinas, con una sonrisa de perversión. Se enojó. «¡Basta de pensar así! Eso no te hace bien, Irenita.» Pero no se tranquilizó en absoluto. Volvió a asustarse con la velocidad, que seguía en aumento. La aguja del velocímetro temblaba en los ciento cuarenta. Bajó de golpe en una curva, pero enseguida trepó a ciento cincuenta. «¿Por qué tanto apuro?»



Fue como si él hubiera estado espiándole los pensamientos. Dio un frenazo y le hizo golpear la boca contra el puño, que Irene apoyaba en el respaldo delantero.

Le salía sangre del labio, pero todavía no iba a darse cuenta, porque estaba horrorizada.

Habían bajado a la banquina para levantar a dos individuos más.

Estaba perdida. Aunque lo intentara, aunque reuniera el coraje, ya no podría huir. Porque era débil frente a tres hombres fuertes. Ellos estaban ahí, armados seguramente con revólveres que ocultaban en los abrigos. Por algo llevaban puestas esas camperas. Para ocultar un arma. No quiso saber, no quiso pensar, debía ejecutar una acción gigante. Correr. Sí, correr. Hizo acopio de fuerzas, empujando consiguió saltar fuera del coche, pateó el aire y se sacudió entera, impregnada en locura y escupiendo insultos, jadeante, asfixiada. Podía rodar por el lomo de la banquina hasta una lagunita que había junto al alambrado. Solo les pedía a las piernas ese valor, fuerzas para llegar a los postes. Después la suerte la acompañaría, Dios le daría una ayuda, no por ella que había cometido errores, sino por aquel embrión, porque era justo que él tuviera la oportunidad de vivir, y ver salir el sol y disfrutar de la compañía de una muchacha a la luz de la luna, cuando tuviera quince años, como ella, cuando conoció la fricción del amor. Pero el cielo daba vueltas y las cosas que habían sido parte del paisaje se movían, los gritos confundían las cosas, las cosas, no a ella, porque ella sabía lo que estaba sucediendo.

Rodó un poco cuesta abajo. Pero no lejos, hasta la laguna. Una mano aferró su cabello y la levantó como un puñado de hojas, como un hato de ropa sucia, y la arrastró por el pasto verde, fragoroso. Era septiembre y la savia pujaba en las hojas. Con una sola mano la arrastró. Irene no podía ni contra una sola de esas manos.

Nuevamente en camino, los tres hombres respiraban en silencio. Ella quería echar una mirada a la laguna por última vez.

No había visto los patos. Por alguna razón se habían mantenido ocultos, hasta que, al unísono, despegaron en un vuelo ruidoso, acaparando el interés de los hombres. Quizás el ruido del motor los espantaba. Uno de los hombres, posiblemente el que había arrastrado a Irene, señaló el espectáculo con una sonrisa amarga. Entonces Irene pudo verlo de frente. Con la cabeza tocaba el techo y sus ojos estaban apagados como los ojos de los muertos. Levantó una mano para corregir la posición de Irene.

—Mirá para adelante.

Era enorme y brutal. Su voz no tenía fondo, patinaba en una ciénaga, donde moriría irremediabilmente. No había salvación para él. Pero tampoco quería que hubiera salvación para Irene.

La bandada de patos o quizá de galletas describió una media luna sobre el bañado y luego viró por encima del camino. Entonces sucedió algo que a Irene le pareció insólito: una de las aves rozó el capó con las alas. A nadie más que a ella el pequeño incidente le llamó la atención. Tenían puesta la mirada más allá del camino.

Debían de estar llegando a algún lugar previamente escogido. El coche disminuyó la velocidad para doblar a la derecha. Iban a doblar, cuando el conductor, que se entendía con su compañero sólo con mirarse, murmuró algo ininteligible. Después dijo claramente: —Es la otra.

Volvió a pisar el acelerador y siguieron por la banquina recubierta de pedregullo. A dos kilómetros de allí se abría un camino más estrecho, disimulado en una arboleda de sauces. Al parecer no conducía a ningún lugar.

—Los sauces —declaró el acompañante del conductor, con vehemencia, como si sus compañeros hubieran cometido un error grave, como si ese fuera el verdadero acto criminal, del que únicamente responsabilizaba a los otros dos. Ya podían estar tranquilos, en caso de que los detuvieran. Era la primera vez que Irene oía la voz de este otro, y sin embargo sospechaba que habían hablado antes, tal vez por teléfono.

De pronto la asaltó una pregunta: «¿Por qué no me vendaron los ojos? Me van a matar. Sin mirarme a los ojos para no tener remordimientos». La calle era un apisonado de tosca y greda; las ruedas levantaban grandes cantidades de polvo blanco, sutil como el velo de una novia de tapa de revista, ascendía por encima de los cartelones, dejando un rasgón en el cielo, detrás de un pentagrama de cables de alta tensión, que expropiaba tierras porque exigía un derrotero a su capricho.

Finalmente, cuando el auto se detuvo, no se oyó otra cosa que el llamado de un bichofeo, y más lejos una trilladora haciendo su trabajo, indistintamente. Recién entonces reparó en el humo que inundaba la cabina. Los tres hombres, o al menos dos de ellos, fumaban sin pausa. Irene recordó el grave daño que causaba a sus pulmones aspirar el humo de los otros, pero esta vez no había tosido. Y sin embargo, el vaho de la nicotina parecía advertirle que aquel no era un ambiente sano para ella, como si en realidad lo que quisiera advertirle era que recibiría un balazo de muerte. No sabía cuánto tiempo más resistiría esa mezcla de hedores y el malestar en el estómago que le provocaba el miedo. Giró la cabeza con lentitud, como si fuera a realizar una acción heroica. Su nariz buscó la familiaridad de su cabello limpio. Los hombres miraban hacia afuera el campo en barbecho, tal vez el molino desvencijado que el viento hacía girar defectuosamente, con un plañido después de una lánguida pausa. Parecía improbable que alguien los descubriera en aquel sitio. La ruta había quedado a no menos de trescientos metros. Y ahora miraban sin ver, atentos a lo que pensaban, a lo que debían esperar, esperar. Ella gimoteó, buscando alivio para su creciente congoja, pero en un plano no perceptible. De cualquier manera, a ellos no les hubiera importado, porque toda su atención se concentraba en un punto rígido e inaccesible de sus mentes. Pasaron unos instantes en que Irene solo oyó latir su corazón. «Por favor, por favor...» Nadie alcanzaba a oírla, ni siquiera el hombre grande, que respiraba como un

oso que de pronto despierta de su sueño de invierno. Estaba llorando sin histerias, tenía mucho miedo y, aunque tenía las manos libres, no sabía qué hacer con ellas.

Sonó una alarma. Su corazón dio un bandazo como si hubiera tropezado en el borde de una cornisa y ahora se despeñara hacia el fondo. El hombre grande sacó, empujándola con el hombro, un pequeño aparato negro del bolsillo. Atendió con una exhalación y un «sí» de la tumba de su tatarabuelo. No habló mucho más. Cerró la comunicación tras exhalar una ventolera de suspiro. Después hizo una seña que no necesitaba explicación. Irene, sin saberlo, había estado esperándola; tenía que bajar.

No conseguía reprimir el llanto. Un calor de fuente salubre la bendijo un instante y apretó las piernas. Quiso saber. Una sucesión de porqués pequeños, llorosos e inconsistentes estallaron como minúsculas burbujas. Pero no había respuestas, ese día las cosas estaban así para Irene. Y de pronto el hombre grande estaba a sus espaldas, ella y él, los dos en el camino. Al borde crecían unos arbustos de marcela y juncos escuálidos de una tierra estéril. Parecía que nada tenía sentido y, sin embargo, iban a matarla. Su cabeza cayó en sus manos, débil, temblorosa, como si la hubieran lanzado al viento, como una pelota a la que tuviera que sostener para que no se cayera del todo. Y mientras lloraba, los hombres mantenían una conversación trivial.

—Caminá un poco. Ahora pará y date vuelta. ¿Sabés cómo se llama eso con lo que mi compañero te va a matar? —Preguntó el acompañante del chofer. No se había tomado la molestia de bajar del auto. Hablaba displicentemente con un brazo fuera de la ventanilla. Irene hizo un gesto de que sí, entre convulsiones de llanto. Lo sabía. ¿Quién no ha visto un revólver alguna vez, al menos por televisión? No quería mirar, pero sabía perfectamente lo que era.

—Tiene un nombre. ¿Querés saberlo? —De ningún modo el hombre quiso aceptar su insistente negativa, Irene agitaba la

cabeza, presintiendo el siguiente paso, que debía darse a pesar de todo—. Te lo voy a decir, aunque no quieras. Y harías bien en prestar atención, en vez de llorar como una idiota; son las últimas palabras que vas a escuchar. Se llama así: Estás Muerta.

Y sonó el disparo del fin del mundo, sorprendiéndola en su desesperación. Tambaleó en el mismo lugar y esperó que el cuerpo se le aflojara, mientras los hombres sonreían comentando la escena. Una sola gota de sangre le teñía el puño. Solamente una. Dio un paso como si eso fuera todo, para finalizar. Y no cayó. Si caía, caía por abandono, porque el pánico le impedía estar de pie.

A pesar de la sangre, las voces del campo seguían entrando por sus oídos, cada tono, en perfecta concordancia, casi armoniosamente. Y aunque olía a pólvora, la nube se disipaba, mientras los hombres, entre risas, retornaban al camino.

Irene se palpó el pecho, bajó por el cauce del estómago, para tropezar con la herida que no encontró, el borbotón caliente que no humedecía las yemas de sus dedos, el dolor que no sentía. Su mente, pálida como el camino, se negaba a formular el más elemental de los juicios. Toda ella era inspiración, exhalación, latido. No había conclusión. Si algo le dolía eran las rodillas que soportaban el peso de su cuerpo contra la grama. No estaba muriendo en soledad, aunque estaba más sola de lo que se había sentido alguna vez, cuando Eduardo la abandonó, diciéndole «Aunque no te guste, voy a hacerlo. Soy el único que puede alentar alguna esperanza de salvación para este país». Y se había ido con sus cosas, no lejos, pero se había ido. A Irene le había costado comprender lo que había oído entre sueños. ¿Estaba hablándole seriamente? Sabía que Eduardo no era una persona común. En apariencia, sí. Pero en determinado punto de su personalidad el camino se quebraba, mostrando el terrible abismo que lo separaba del resto de los hombres. Había sido cerca del amanecer, cuando las sombras no terminaban de despegarse de los muebles, confundidas y confabuladas. Él se había vestido con la precipitación de alguna ur-



gencia, dejándola en esa cabaña, que a ella se le antojaba una prisión. Pero «¿por qué ahora, en el momento más feliz?», se había preguntado.

Ahora estaba en igual condición, preguntándose qué había ocurrido, por qué la habían abandonado con una gota de sangre, solo una, y no producida por un proyectil, sino por morderse el labio en la frenada violenta. Palpó una vez más cada parte de su cuerpo. Se puso de pie y caminó unos pasos, viendo a la distancia una señal en el cielo resplandeciente. El coche debía estar por la ruta ya. La nube se deshacía, traslúcida y alta en la corriente de sol que desnudaba el aire, inundándola, comiéndola, haciéndola desaparecer.

Orinó sin pudor, como una niña, y con ese primer alivio, precario y gozoso, empezó a caminar. No tenía prisa, ahora que se creía a salvo. El molino gemía a sus espaldas recordándole, para siempre y con exactitud, el lugar de la ejecución, donde no la habían matado. Decidió que nunca volvería a pisar la campaña, ni soportaría la visión de un molino de viento. Vivía, y de eso daba gracias a Dios, pero sabía que no sería la misma Irene de ahí en más, ni sus sentimientos volverían a ser los de antes. Quizá, para que se operara ese cambio habían simulado la ejecución. ¿Se trataba de una muerte moral? ¿De una advertencia para que cambiara el destino de su vida?

Debía volver a casa, a pie, si era necesario, para tener tiempo de pensar, dejar que la mente se soltara, que las ideas fluyeran libres, sin disparos. Todavía podía elegir.